

Nada es eterno



José Bravo
Castelló

Médico

Tercer Premio
Narraciones Cortas
del SES. Modalidad A

Nada es eterno”, se repetía mientras bajaba del autobús que le dejaba esa noche en la plaza. Nadie se veía en la calle pero ni siquiera se daba cuenta. Recordaba todos los instantes de aquella tarde pero se torturaba procurando olvidarlos como si quisiera volver atrás, como si nada hubiese pasado.

Su cara no presagiaba la inmensa lucha que mantenía por emprender una nueva vida, su intento de olvidar su más reciente pasado. Intentaba ponerle argumento aunque temía no poder encontrar un nexo que uniese todo lo que se agolpaba en su cabeza.

Hacia sólo dos años que había llegado a Berlín para convertirse en otra víctima del hedonismo. Su afán de modernidad le llevó a probar todo, a buscar siempre ese peldaño que le diferenciase de la cultura habitual. Le gustaba considerarse por encima de lo cotidiano que a menudo lo equiparaba con vulgar. Él, tan seguro, tan inaccesible, se veía derrotado, vulnerable. Había caído pero intentaba negarlo, negárselo a él y a los demás, aunque a los demás no le importase demasiado.

Llevaba tres días al menos sin dormir, desde que entró en aquel garito acompañando a sus compañeros del laboratorio. El aspecto sucio del bar se debía en gran medida a que siempre estaba abierto, pero sobre todo a que las ventanas permanecían cerradas impidiendo que la poca luz que despedía el raquítrico sol germano pudiera despertar alguna conciencia. Tenía impregnada la ropa del olor rancio de los catres donde había estado tumbado junto a sus compañeros de juerga. En ese estado de penumbra, despierto o no, la mezcla de aquel líquido que tomaron al entrar en el local, le arrastró a lo más oscuro de su personalidad. Recordaba que sólo él había mezclado los dos tubos, igual que aquella mujer que creía que les había acompañado.

Sus años en la universidad parecían lejanísimos, casi le parecía mentira haberse comportado como una persona de provecho en la facultad de medicina. No era mal estudiante; más preocupado de la ciencia que de la clínica se fue aproximado a la cátedra de bioquímica. Allí fue donde conoció a aquel profesor de bioquímica que le introdujo en el estudio de la de las vías de hidroxilación de las fenotiacinas. Pronto el departamento se le quedó pequeño, probablemente por la ciudad y seguramente por él mismo. Fue este profesor el que le había convencido para ampliar con una beca su formación en la universidad de Berlín. Quizá fuera casualidad que la universidad emprendiera un estudio de la variable de rutas enzimáticas que evocaban los nuevos antipsicóticos justo cuando su cerebro presentaba más efervescencia académica. Por aquel entonces se emprendían los estudios en un nuevo fármaco antipsicótico: el btx. Su nombre en clave no significaba nada, o por lo menos en aquel entonces. Estaba tan absorto en la investigación que no supo ver todo lo que ocultaban aquellas tres letras.

Cuando su primera investigación sería se tradujo en una colaboración en un artículo en *The Lancet*, su ego se elevó al máximo y casi enseguida llegó la invitación a disfrutar la beca de investigación en la Universidad de Berlín patrocinada por los laboratorios MSF. Estuvo levitando por todos las fiestas de Madrid los siguientes dos meses, como los centuriones romanos que conquistaban el mundo, rodeado de bacanales.

Cuando llegó a Berlín se alojó en un apartamento pequeño en el barrio de Lestrace que

gentilmente le cedió el laboratorio. Su decoración minimalista le daba ese aspecto tan aséptica que buscan los científicos. No se daba cuenta pero estaba desarrollando una faceta que le alejaba de la realidad inexorablemente.

Los personajes superficiales que rodearon su vida en Berlín sólo representaban el hastío de una sociedad sin valores. Coches, motos, drogas, moda, ... todo era tan insustancial que ni siquiera había dejado huella en él; ahora se reconocía como un objeto decorativo más, alguien que quedaba bien en un entorno snob y hedonista.

Un camión que recogía la basura le despertó bruscamente cuando casi le atropella. Fue como un “catártico”; comenzaba a recordar. Hace algunas semanas la investigación del fármaco nuevo daba un vuelco sustancial al desarrollar una aplicación nueva descrita por la filial del laboratorio en Río de Janeiro: su empleo en personas violentas originaba en pocas semanas un cambio de personalidad con aplacamiento en su agitación y capacidad delictiva que permitían su adaptación sin merma de su capacidad mental. Esa regresión traía de nuevo a la palestra la ablación de la personalidad propugnada como terapia eficaz desde los tiempos del nacionalsocialismo.

Después de una lógica euforia inicial que



había hecho despertar la curiosidad de departamentos de justicia e interior, hasta del propio ministerio de educación, empezaron a aparecer algunos datos contradictorios. Ahora comenzaba a recordar con cierta nitidez. Hacía pocas semanas había aparecido en la prensa una ola de asesinatos macabros en las fabelas más marginales de Río de Janeiro; en un lugar donde la vida no vale nada se hacía casi increíble imaginar algún crimen que la prensa local etiquetara como de excepcional. A pesar de lo inusitado de la noticia en aquel momento no relacionó aquel hecho con su investigación.

Uno de sus colaboradores recibió una carta más que sospechosa; en esta época de correos electrónicos se hace casi antediluviano recibir una carta y, más extraño aún, en su domicilio. Cuando trajo la carta al laboratorio se la enseñó con mucho sigilo; se describían aplacamientos de la personalidad en casi el 85% de los casos en lo que se inoculó una única dosis de btx, tal y como ya circulaba en los estudios del laboratorio, en la primera semana pero a las tres semanas se producía un cambio radical: metabolismo acelerado, insomnio, agitación... que hacían inocular una segunda dosis

de btx. Y ese era el motivo del secretismo de la carta: la dependencia inicial que se suponía con el btx era en realidad el efecto secundario que se potenciaba con la segunda dosis: la agitación se hacía incontrolable, la fuerza se multiplicaba por veinte y se entraba en una especie de trance que cesaba al cortar la cabeza a alguien; si permanecían aislados el suicidio era la norma y si se inmovilizaban fallecían por un síndrome de hipercatabolismo. Le había llamado la atención dos de los casos inoculados y le asaltó un problema de conciencia. Cuando intentaron ponerse en contacto con él les fue imposible; les dijeron que estaba de vacaciones en Colombia pero cuando indagaron un poco más entendieron que había desaparecido sin dejar rastro.

Sería a lo pocos días de la recepción de la carta cuando apareció en el laboratorio la Dra. Spinosa. Venía de la filial del laboratorio en Suiza y por ello no la relacionaron con el caso de Brasil. Se mostró muy cercana al bloque 3 donde trabajaban y por eso no les extrañó que accediese a salir aquella noche; cavilando ahora entendía que fue ella la que propició la salida a aquel garito.

Ahora las pulsaciones subían frenéticamente; llamó al teléfono de Mike pero respondió otra persona y colgó. Se aproximó a su apartamento pero vio un sinfín de sirenas, policía, bomberos alrededor de su bloque.

Empezó a comprender; la mezcla de líquidos se la había dado la Dra Spinosa; quizá su constante devenir con las drogas había hecho que no muriese por el coctel que le suministró la pasada noche. Sabía que no podía volver a su apartamento por lo que se desplazó hasta la estación de autobuses y tomó el primer coche que salía esa noche: destino Regesburg.

Cuando llegó estaba amaneciendo; compró un periódico. La primera plana estaba dedicada a una serie de incendios en la universidad de Berlín, en la planta del laboratorio MSF en Düseldorf y a un incendio en un bloque de apartamentos en el barrio de Lestrace. Se hablaba de tres cadáveres sin identificar en el bloque de apartamentos, posiblemente inmigrantes turcos, decía el rotativo.

Ya lo tenía claro; habían descubierto un fármaco que supuestamente aplacaba la violencia con el efecto real en una segunda dosis de muerte súbita. El interés de gobiernos y laboratorios dejaban a los experimentos del Dr. Mengele en un juego de niños.

Le entró pavor; quería esconderse, desaparecer, pero ocultarse de un laboratorio como el MSF no era sencillo. Llamó a su profesor de la facultad pero no le encontró. Comenzaba a desesperarse. Sentía una angustia que le impedía pensar.

Entonces sonó el teléfono; era el profesor Salgado. Estaba en Berlín y le esperaba en la embajada española. Allí hablaron de todo lo que podía recordar durante varias horas. El profesor se levantó y abrió la puerta contigua. Dos individuos siniestros recogieron la grabadora que le dio el profesor y se marcharon.

No pudo por menos que preguntarle por ellos y el profesor, con ese aspecto de no haber salido nunca del laboratorio de la facultad, le respondió:

“En este mundo de tiburones que es la industria farmacéutica, sólo puedes defenderte de uno con las armas de otro; la información se la he dado al laboratorio PGAS. Será tu comodín para poder seguir con vida.”

Su estrella se había acabado, tenía que comenzar de nuevo, pero sabía que tenía alguien en el que confiar, aunque sólo fuera un triste profesor en su laboratorio. Nada es eterno, afortunadamente.